



DISCURSO ANA BERNAL TRIVIÑO

Acto de entrega del Premi Solidaritat [11 de junio de 2018. Parlament de Catalunya]

Bona tarda, buenas tardes.

Muchas gracias al Institut y al Parlament por abrirnos la casa de toda la ciudadanía. También a todas las personas que han venido para compartir este momento. Siento hoy que soy una privilegiada y que, como siempre, como periodista, lo mejor que puedo hacer es que mi voz sea denuncia de quienes no la tienen.

Aunque el jurado diga los motivos que ha expuesto, de verdad confieso que yo he hecho solo mi trabajo y que no puedo hacerlo de otra forma. No he creído nunca en el periodismo de escaparate, ni el periodismo servil. Solo he pensado en el periodismo con función social, porque si no lo tiene esta profesión, no sirve de nada. Siempre he escrito sobre la vulneración de derechos, situaciones que más padecen la infancia y las mujeres, quienes sufren además una propia violencia. Por eso siento que este premio no es solo mío, sino de cada una de las víctimas que han confiado en mí para que hiciera pública su denuncia y de aquellas mujeres que me han ayudado a dar contexto a un relato feminista que pusiera sobre la mesa la discriminación e injusticia.

No me presento apenas a premios. Me negué a solicitarlos cuando descubrí que detrás de muchos, había entidades bancarias que destinaban cantidades de dinero para ello mientras desahuciaban a la gente. Me parecía hipócrita denunciar las situaciones de vulneración de derechos humanos y civiles, para luego cobrar por parte de quienes lo incumplían. Admití este premio por varias razones. Una, porque no hay dotación económica ni banco detrás. Dos, por mi ausencia de relación con las personas de esta institución. Y la tercera, por encima de todas, por su motivo. Aquí, en nombre de todas las personas comprometidas con la igualdad, doy unas gracias especial al Institut de Drets

Humans de Catalunya por algo que he defendido repetidas ocasiones. Por reconocer con estos premios que los derechos de la mujer son una cuestión de derechos humanos.

Quiero centrarme, primero, en un ejercicio de memoria sobre mi profesión. Con un reconocimiento a cuestiones que España tiene pendientes de resolver, como las compañeras y compañeros afectados estos años por la ley mordaza. También a las #MujeresRTVE por su lucha cada viernes por una televisión pública plural. Y luego, una lucha encabezada por una familia que no podemos olvidar, con mujeres dignas de admiración. Me refiero a la madre, hermanas y familiares del cámara de Telecinco José Couso, y recordar que su caso es también un asunto de Derechos Humanos y que tras 15 años aún persiste la impunidad. Una vez más, José Couso, crimen de guerra, investigación y justicia’.

Tras esto, recordaré que el periodismo es una profesión precaria para la inmensa mayoría. Donde el número de personas autónomas, sobre todo mujeres, ha aumentado. Sin apenas dinero no podemos viajar, hablar con las fuentes y palpar la realidad. No se puede hacer periodismo desde la pobreza. Al alumnado que me preguntan si seguir o no estudiando solo les puedo decir que no tenemos otra opción salvo estudiar porque donde no tenemos apellido solo nos vale un cv, aunque muchas veces acabe en un cajón. Mi recuerdo también a las compañeras de clase obrera, que estudiaron cuatro años de carrera para acabar en el paro no por falta de notas y esfuerzo, sino por una profesión dominada por el intrusismo y el trabajo gratis. Situación que yo he padecido mucho tiempo y que me generó inseguridad y poca autoestima viendo que la cultura del esfuerzo quedaba en un mito. Tampoco se puede hacer bien periodismo desde una profesión con un evidente techo de cristal o con compañeras que sufren acoso sexual en el ejercicio de su trabajo, solo por ser mujeres.

Con este discurso pretendo dejar claro, si a alguien le queda dudas, que el feminismo no es una cuestión de un grupo de descerebradas. Es la necesidad de un compromiso con la igualdad. Y, como dice Nuria Varela, demostrar que los derechos humanos son también de las humanas.

Me asombro (aunque no debería) de que gran parte de los y las profesionales viven al margen de la conferencia de Beijing, pasando por el convenio de Estambul, la ley de violencia de género de 2004 o de igualdad de 2007... y se ignoran los deberes que deben asumir los medios de comunicación para combatir esta discriminación.

El registro de las víctimas asesinadas por la violencia machista nunca debe ponerse a 0 cada comienzo de año. Son más de 1000 las contabilizadas desde 2013. Más que los

asesinatos de la banda terrorista ETA. Pero sumen todas las anteriores que no fueron reconocidas salvo, como mucho, en las páginas de sucesos. Sumen también aquellas otras que no fueron asesinadas, pero que estuvieron muertas en vida, con traumas que nunca llegaron a confesar porque iban a ser señaladas y les pesó más la vergüenza y la culpa de la educación patriarcal recibida. Si ese contador del terrorismo machista no se para, es porque los medios no han cumplido el papel que los convenios y leyes citadas les piden: sensibilizar y prevenir.

Cuando se producen estas víctimas es porque desde la prensa se alimenta aún la violencia machista, porque existe una violencia mediática. Miren el tratamiento bochornoso en los casos Juana Rivas y de La Manada. No se ha respetado el estatuto de la víctima, ni se han contextualizado las leyes o la violencia institucional que han perjudicado estos casos.

No contar la verdad es mentir. Y la mentira no tiene espacio en un periodismo democrático. Necesitamos un periodismo contra las violencias machistas que responda a los cómo y los porqué. Un periodismo que pase de las declaraciones de vecinos a los de expertas. Un periodismo que presente los casos de aislados a sistémicos. Un periodismo que anule los estereotipos para aportar contexto. De lo contrario, las víctimas seguirán en aumento con vuestra complicidad.

Dice Amelia Valcárcel que “para ganar las batallas feministas actuales debemos ganar la de la opinión y para ello necesitamos buenas comunicadoras”. Y lo es, porque la pervivencia del machismo se sustenta en el silencio y la manipulación. El feminismo ha sido el gran terreno de la posverdad. Lo vemos hoy día como respuesta patriarcal al 8M. Por eso me preocupa el periodismo que hace el juego al patriarcado.

Periodistas que escriben reportajes de feminismo porque les da visitas o que crean titulares polémicos para ello.

Periodistas que cubren reportajes feministas para dar a entender que ellos los son, mientras sabemos el daño que han hecho a otras compañeras, usándolas como juguetes sexuales y maltratándolas.

Periodistas de “izquierdas” que condenan a prisa cuando se bendice en la prensa el mensaje neoliberal, menos cuando se trata de reportajes que defienden la prostitución o los vientres de alquiler, que es cuando sacan de la chistera una pluralidad informativa que antes no reclamaban.

Periodistas que nos siguen analizando en las páginas de “belleza” para advertirnos si no entramos en el canon, para tratarnos como maniquís sobre los que lanzar la misoginia.

Me inquietan que se dé espacio y voz a caballos de Troya, incluidas mujeres, que hacen cursos y discursos de feminismo donde niegan el patriarcado y que solo buscan enfrentarnos.

Me sorprende la moda de dar espacio a la idea de todo lo que se diga o haga es feminismo, situando primero el “yo” sobre el “nosotras”.

Me escuece cuando se habla desde el “yo” olvidando a las amas de casa, a las cuidadoras, a las mujeres con diversidad funcional o las madres solteras. Situaciones que, al margen de nuestras diferencias, podemos llegar a serlo todas.

Me enerva cuando la prensa solo recoge titulares que nos hablan de que la cosificación es empoderante, y de la falsa libre elección, dando alas a la institución patriarcal.

Me indigna ver los medios que blanquean al patriarcado y al capitalismo sin reflejar la violación de nuestros derechos, por tratar nuestros cuerpos como mercancía y aplaudir que nuestros derechos reproductivos estén al servicio de una carta de deseos.

Me da la risa cuando nos dicen puritanas, porque llegan a ser tan ignorantes que desconocen que desde el feminismo de los 70 ya aprendimos que la liberación sexual era solo la masculina.

Me duele ver a las feministas que dicen defender a las víctimas en portadas, pero por detrás callan con complicidad y las dejan abandonadas, como Juana Rivas.

Me canso de leer vuestros titulares donde mujeres arremeten contra el feminismo o cuando dais voz a quienes inventan falsedades o estadísticas, dando alas a la libertad de mentir.

Me molesta cuando nos inundan los debates que buscan el conflicto en nombre del feminismo, para llegar a la división y anulación de la mujer como sujeto político. No aprendemos del patriarcado que ninguna otra opresión les divide.

Porque, mientras todo ese ruido se produce, se silencia que hay mujeres que se juegan la vida en las rutas migratorias. Mientras hay niñas en la India en chozas menstruales, mientras hay mujeres en la frontera siendo violadas para que se acostumbren a la tortura sexual que les espera al mando de proxenetas y puteros en redes de trata de nuestros prostíbulos; mientras hay más mujeres violadas en guerras y conflictos; mientras hay

menores casadas de forma forzosa o mujeres que mueren o son encarceladas por no poder abortar, mientras hay niñas que por solo nacer mujer son mutiladas genitalmente o les planchan los pechos en carne viva. Todo eso, más lo que sufrimos aquí, es lo que queda pendiente por contar, que es mucho. El feminismo no es solo lo que te pase a ti, es lo que nos pasa a todas. De aquí y fuera de nuestras fronteras.

Los medios aliados con el machismo decís que el feminismo ha venido a destrozar la sociedad cuando es quien la está arreglando. Dejad vuestros reportajes de denuncias falsas, de feminazis, del sap, de las opiniones que nos señalan como inquisición.. porque ni la historia, ni los datos, ni la ciencia os da la razón. No nos deis clases de periodismo porque sabéis que con la falsedad que exponéis incumplís el derecho a la información. Da la sospecha de que solo estáis nerviosos por alguna razón. Si no os sentís aludidos, no tiene que preocuparos esta etapa de cambio. Lo que os debe de preocupar es que hombres como vosotros o vuestros compañeros, desde sus situaciones de poder, agredan, violen o maltraten.

Dice Adrienne Rich que “la objetividad es el nombre que se da en la sociedad patriarcal a la subjetividad masculina”. Comprometeos a un periodismo que no nos silencie ni anule. Comprometeos contra la desigualdad.

Dejad de transmitir ideas o conceptos vacíos. Reivindiquemos la palabra feminismo, que el feminismo es política, que el feminismo es cuestión de clase, que los micromachismos no son pequeñas violencias, que ser machista no es una enfermedad y que somos supervivientes, en mayor o menor medida, pero que nunca nos hagan dejar de decir la palabra víctima. Porque sin la palabra víctima no existe el agresor, sin la palabra víctima deja de existir la responsabilidad de un Estado, y porque si dejamos de pronunciarla dejamos en el olvido a las que ya no están. Y, como último mensaje, por favor. Dejad de tratarnos como a minoría cuando somos la mitad del mundo.

Hemos vivido unos años donde hay una auténtica amenaza para la libertad de expresión en todos los ámbitos, Catalunya también es prueba de ello. Pero al escribir esto reflexionaba a otra escala: la privada, la de casa. Si alguien ha sufrido siempre la imposibilidad de expresarse con libertad hemos sido las mujeres. No sabéis las veces que la autoridad masculina nos ha hecho callar. No sabéis las veces que hemos silenciado ante una mirada que nos hacía temblar hasta las costillas.

No sabéis lo que es no poder ni abrir la boca por temor, por el solo hecho de que abrirla condenara a la tumba. No sabéis lo que es contener la respiración a su paso o el temor de

ver su llamada. No sabéis lo que es dejar de hablar porque se aprende que defenderse no sirve de nada. No lo sabéis. Y no lo sabéis porque durante mucho tiempo no nos habéis creído. Y durante mucho más, no os habéis acercado a las víctimas para escucharlas y comprenderlas. Sin atender a sus relatos y su verdad no se puede hacer periodismo.

Ahora hablo como hija de María Teresa y Manuel. Hace poco menos de un año, creo que nací de nuevo. Catalunya tuvo mucho que ver en ello. Gracias Jordi Sánchez, gracias Pastora Martínez, gracias a mis compañeras de la Universitat Oberta de Catalunya. Gracias a Ana Pardo de Vera por defender que el periodismo o es feminista o no es periodismo. A Virginia Pérez Alonso, a Marisa Kohan, a Público por darme el espacio para denunciar, crecer, y trabajar con libertad. Y gracias especial a Pedro, porque si escribo es por él, que me ayudó a ser periodista cuando yo creía que no volvería a serlo. Gracias a quienes me han leído, sobre todo desde el primer día, y a la vez sin ningún otro propósito y respetando mi espacio personal.

No sería lo que soy si no fuera por algo fundamental, la educación de mis padres y el cariño de mi familia, y mis hermanas. Sin ellos no sé si hubiese aguantado en tantas situaciones como quienes me han querido anular, silenciar o destrozar: no lo habéis conseguido. Estoy aquí. Y tampoco estaría aquí si no fuera por los derechos civiles, que las mujeres necesitamos más aún. Hoy, este día, no sería para mi feliz sin estos dos pilares fundamentales. Desde aquí mi agradecimiento a la educación pública, a todas mis profesoras y profesores que dieron forma a mi mente, a comprender el mundo y, sobre todo, a quienes me enseñaron a escribir porque me dieron las armas necesarias para mi profesión. Y gracias a la sanidad pública porque gracias a ello mi madre sigue aquí en un día como hoy. Gracias a todas las feministas que se han jugado la vida por nosotras, porque por ellas estoy yo hablando desde aquí, en este espacio.

Desde Olympe de Gouges a Emily Wilding Davison o Berta Cáceres. Gracias al feminismo radical por hacerme entender que lo personal es político y darme la liberación que necesitaba. Gracias a Clara Campoamor, a Virginia Woolf, a Kate Millet, a Lidia Falcón, a Ana de Miguel, a Simone de Beauvoir, a Amparo Poch i Gascón, a Nuria Varela, a Alicia Miyares, a las que fueron silenciadas o asesinadas en el franquismo, a las compañeras que lucharon por nosotras en la transición, y a las que hoy cada día, en cada espacio de su vida personal, hacen una revolución. Mis hermanas de lucha, sabéis quiénes sois, porque no traicionáis.

Por último... Las trabajadoras anónimas y las amas de casa apenas aparecen en los libros de historia del feminismo, cuando la historia del feminismo no podría haberse escrito sin

ellas. No fueron Simone de Beauvoir, ni Kate Millet, ni Concepción Arenal, pero en mi vida significaron aún más que ellas. Me dieron voz y vida. Me refiero a Isabel Badillo, Mari Pepa Triviño, Josefa Badillo y María Teresa Triviño. Y aunque no aparezcan en los libros, ellas son las mujeres que me enseñaron mi historia y son las verdaderas mujeres de mi vida.

Hermanas, un último mensaje a vosotras. No sintáis nunca vergüenza de haber dado amor o cariño a quien pensábais que os quería. Pero recordad que no sois menos que nadie. Y que siempre nos podemos reconstruir. Os aseguro que la metamorfosis de víctima a superviviente existe. Una vez salvadas podéis volar libres.

Y machistas, un último mensaje para vosotros. No os habéis merecido unas mujeres que os quisieran tanto como para dejar de quererse ellas mismas. Lo he comprobado hablando con víctimas. Yo me comprometo a darles voz y por ello, si lo leéis, vais a tener que soportar el peso de vuestros actos, si tenéis la humildad suficiente de reconocerlos.

Moveos incómodos en vuestros sillones si sentís la vergüenza.

Asumid la gravedad de vuestros hechos y, callad si solo vais a sumaros a la indecencia de no respetar los que son derechos humanos.

Cada día sentiréis más el repudio sobre vuestras espaldas. Y cada día las redes sociales os servirán de poco como escaparate de persona falsa comprometida porque ya sabemos lo que hacéis en privado.

No habíais contado con que el feminismo nos salva.

No habías contado con que nos advertimos.

No habías contado con que teníamos previstas a vuestras cómplices.

No hacemos todo esto por nosotras, que quizás no veamos los cambios, sino por las que vienen.

Miradnos. Estamos dando nuestra cara.

No nos vamos a ocultar.

No vamos a sentir más vergüenza.

No vamos a sentir más culpa.

No nos vais a callar.

No nos vais a hacer temblar.

No nos vais a dar miedo.

Asumid que estáis perdiendo.

Asumid que ya ha empezado la cuenta atrás.

Será duro pero estamos cargadas de la razón y la palabra. Ni un paso atrás, compañeras. Ni una menos.